

En el barrio antiguo de Avilés hay un mesón que lleva por nombre Dulcinea, donde, con alguna frecuencia, se vienen celebrando tertulias y reuniones literarias. La otra noche, hace algo más de una semana, en el curso de un viaje que hice por Asturias, tuve ocasión de asistir a una de estas tertulias de Dulcinea, convocada con motivo de la clausura de la Feria del Libro de la ciudad. La reunión fue interesante por los temas que se plantearon y, sobre todo, porque tuvo un "show", como se dice ahora. Se trató de cuestiones tan variadas como el incremento de la producción editorial y de la venta de libros en los últimos años, así como de su previsible futuro; el desarrollo de la prensa asturiana —Asturias es una de las primeras regiones españolas en materia de edición y difusión de periódicos—; el vertiginoso crecimiento de Avilés, una ciudad que en pocos años ha pasado de diez mil a cien mil habitantes; la existencia o inexistencia de un espíritu regionalista asturiano; la urgente necesidad de poner en práctica el demorado plan de carreteras, que enlace adecuadamente los núcleos de población más importantes —Oviedo, Gijón, Avilés— hasta fundirlos en una sola gran ciudad. Y luego, el tema del humor, hoy tan de moda; la canción argentina, el "boom" de la novela latinoamericana, la conquista española de América, las posibles inexactitudes de la Enciclopedia Espasa y otras muchas cosas, que admiraba ver con qué pasmosa facilidad podían relacionarse unas con otras.

La asistencia, unas cincuenta personas, que se sentaban en círculo en la gran sala de Dulcinea, era tan variopinta como la temática que allí se trató. Dado que la cena de clausura de la Feria del Libro, organizada por el Gremio de Libreros, había tenido carácter oficial, algunas de las autoridades que asistieron a ella se incorporaron después a la tertulia. Recuerdo ahora, entre estas autoridades, al alcalde de Avilés y al delegado provincial del Ministerio de Información y Turismo, los cuales tomaron asiento en la sala junto a los escritores, periodistas, editores, libreros, etc., "progres" o menos "progres", que habían acudido al acto. Citaré los nombres de algunos de los asistentes. Estaba presente el director de "La Voz de Asturias", el señor Jácome; el editor Silverio Cañada, que además de publicar otras varias colecciones de literatura ha acometido la empresa de realizar la "Enciclopedia Asturiana" y la "Enciclopedia Gallega"; Antonio Ripoll y Esther Carreño, que dirigen la Casa de Cultura de Avilés; el director del muy interesante y leído suplemento cultural de "La Voz de Avilés", Alberto del Río; el escritor Juan Cueto Alas, descendiente de "Clarín", autor de una página, muy comentada en estos días, de crítica de televisión en la revista "Asturias Semanal", y muchas otras personas, cuyos nombres no me vienen ahora a la memoria.

Al principio de la reunión, el encuentro de "administradores" y "administrados", por decirlo de alguna manera, produjo algunos carraspeos de embarazo entre los asisten-



TERTULIA EN AVILES: "EL DESPELOTE"

tes. Se comenzó a hablar en un tono de escaso entusiasmo de problemas de edición y venta de libros. El ambiente de Dulcinea estaba frío y los intervinientes se pasaban la palabra unos a otros. Por la sala flotaba ya la sombra de algunas otras tertulias, que se recuerdan en la localidad como particularmente soporíferas. Pero he aquí que a alguien se le ocurrió ceder la palabra a un escritor argentino, que se encontraba de paso en Avilés y que había ido a Dulcinea acompañado de uno de los asistentes. El señor Pérez Pardella, que así se llamaba el plumífero del "país hermano", interpretó, ante la concurrencia de Dulcinea, un número que sin duda quedará en los anales de las tertulias avilesinas. A lo que yo pude entender, el señor Pérez Pardella es uno de los más recientes descubridores de la tierra de promisión en que parece haberse convertido España para los narradores del otro lado del charco. Ultimamente se ha visto llegar a buen número de estos nuevos Pizarros y Valdivias (al revés) dispuestos a unirse a la comitiva del "boom" latinoamericano, con despliegue de relaciones públicas. Las relaciones públicas del autor de quien estoy hablando, como pueden aseverar los asistentes a la tertulia de Dulcinea, son de un tipo muy particular. Viene muy agresivo. Utiliza un rico castellano salpicado de argot porteño, que la otra noche disipó por sí solo la amenaza de aburrimiento que había empezado a invadir la sala. El delegado de Información y Turismo, señor Serrano Castilla, no las tenía todas consigo al escuchar de labios del argentino aquellas escalonadas series de adjetivos e interjecciones tan poco "oficiales", digámoslo así. "¿Será un guevarista?", parecía preguntarse el funcionario mientras daba bocanadas a su puro emboquillado. Sorprendí alguna mirada de perplejidad que cruzaron el alcalde y el delegado en los primeros compases de aquella sinfonía porteña. Salimos a hablar de los escritores latinoamericanos del "boom". Puso como chupa de dómine a Cortázar, Vargas Llosa y García Márquez. Borges, a pesar de la admiración que dijo profesarle, se libró sólo a medias del vapuleo. Afirmó que el "boom" de la narrativa sudamericana era un "lanzamiento del comunismo y de la estupidez española". Luego la emprendió con los cantantes latinoamericanos que predominan en el mercado español, llamándoles "turcos barbudos, obreros sin transpira-

ción y ganapanes vestidos de gauchos, tripudos, papudos" y no sé cuántas cosas más. La tesis de Pérez Pardella es que los españoles deberíamos avergonzarnos de habernos convertido en el pueblo adocenado y burocrático que él ha encontrado al viajar a España, en lugar de atenernos a la imagen que él se había hecho allá, en su Buenos Aires, de nosotros. Dijo que España ya no es aquella España "de bronce y viento" de los conquistadores, "aquella España vertical" de las gloriosas gestas. "Estoy muy enojado con España", declaró, añadiendo, sin embargo, su convicción de que la verdadera España no es la que estaba viendo él ahora, sino aquella en la que él pensaba antes de llegar a este país. Precisamente en la novela que él trae para ser publicada en España como número fuerte de su lanzamiento personal —de signo tan contrario al "boom"—, sale nada menos que don Juan de Garay, conquistador de La Plata, cuyos sentimientos describe en recio lenguaje heroico. El título de esta novela está muy en la línea de su estilo. Se llama "El despelote".

La gente se moría de risa en la tertulia de Dulcinea oyendo al autor de "El despelote" despellejar a sus compatriotas con tan expresivo lenguaje. Y yo notaba que las autoridades iban sintiéndose cada vez más cómodas en aquella reunión, que tan comprometida amenazaba ser cuando comenzó a hablar el escritor argentino. No fue éste el único número que tuvimos en la reunión. Hubo otros. Por ejemplo, el señor Serrano Castilla, antiguo opositor a cátedra de Literatura, hizo un alarde memorístico, sacando a relucir algunas inexactitudes de la Enciclopedia Espasa. "Comprueben ustedes mismos que en el artículo 'Juan de la Cruz' se dice que este famoso poeta era de Fuenterrabía, y no de Fontiveros, que es de donde era realmente". El mismo señor Serrano Castilla, en otro momento de la reunión —que se prolongó hasta las tres de la madrugada—, hizo un encendido elogio del sistema de ventas de libros por fascículos. "Es una maravilla —decía—. Por treinta pesetas te compras un fascículo, y además lo lees. Te cuesta barato, mejor dicho, te cuesta caro, pero te lo puedes comprar. Y lo puedes leer la familia". Estaba exultante al final de la tertulia el señor delegado. Para terminar, dirigió un saludo personal muy cariñoso a cada uno de los hombres de la prensa asturiana que estaban presentes y de cuyo "marcaje", por decirlo en términos futbolísticos, él estaba encargado. Decía: "Mi querido amigo el señor...", y miraba sonriente a un periodista. No olvidó a nadie. Cuando le tocó el turno al narrador de las gestas imperiales españolas, el señor Serrano Castilla hizo una pausa algo más larga que de costumbre y dijo: "Yo creo, señores, que debemos dar las gracias todos, absolutamente todos, a nuestro querido amigo argentino (en la vacilación de su voz se observó que no recordaba el nombre) por las emocionadas palabras que ha dedicado a España".

Así terminó la tertulia de Dulcinea. ■
LUIS CARANDELL.